

LOS JARDINES

Margarita Rocío Flores vivía en el pintoresco barrio “Los jardines”, en una pequeña localidad al sur de Tucumán.

Ella, como no podía ser de otra manera, trabajaba en un vivero, y por las tardes se ocupaba de las plantas de sus vecinos en una agenda muy organizada.

Los lunes podaba los rosales de doña Rosa Espino. Los martes se ocupaba de la huerta de don Jacinto Miraflores y le daba una miradita a los jacintos que perfumaban la entrada de su casa. Los miércoles le tocaba a las hortensias de Hortensia Prado, que parecían sonreír cada vez que Margarita se ocupaba de ellas. Los jueves los claveles de Narciso Clavelí la recibían con todo su colorido y algo envidiosos del egocéntrico narciso que ocupaba la parte central del jardín. Los viernes las lilas, las violetas y los pensamientos de Lila Parra hacían una fiesta ante su presencia.

Sábados y domingos se dedicaba a sus propias margaritas, que ocupaban el patio de su casa junto a una bella planta de magnolias.

Los Jardines era un barrio muy florido y lleno de aromas. Las casas, todas iguales, parecían vistosas macetas color terracota, y las calles estaban bordeadas por acequias por las que corría una cristalina cabellera de agua, muy apreciada por los pobladores.

Sus habitantes eran alegres y agradecidos, tanto del sol que los alimentaba día a día como de las ocasionales lluvias que también los nutrían. Amaban esa tierra que sostenía sus raíces y su vida estaba tan llena de paz, que purificaban el aire que respiraban. Eran muy ordenados en sus hábitos. Despertaban al amanecer y cuando desaparecía el último rayo de sol, también desaparecían. Pero a pesar de ser gente muy cordial, eran muy reservados. Los extraños no eran bien recibidos.

Un día llegó de visita al pueblo Cata, la sobrina de Margarita, que era una joven alegre y parlanchina, pero demasiado atrevida, por lo que no respetaba las normas del lugar.

Varias cuestiones le molestaban: el horario para ir a dormir, ella nunca podría acostarse tan temprano. No poder moderar su incontenible impulso por cortar cada flor que le parecía bella, de más está decir que en el barrio estaba prohibido cortar las flores. Por último, su imprudente modo de manejar su bicicleta que atentaba contra cualquier jardín, césped, o brote que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino.

La jovencita no podía entender semejante obsesión con el reino vegetal, y como era de esperar para una muchacha tan vivaz e inteligente, comenzó a sospechar que algo raro había en el lugar.

Una noche se hizo la dormida y cuando comprobó que ya nada se escuchaba en ningún rincón de la casa, se levantó. Fue al dormitorio de su tía pero para su sorpresa no la encontró. Salió a investigar. Se las ingenió para entrar a todas las casas del barrio, ninguno de sus habitantes estaban en sus hogares.

Su curiosidad ahora se había convertido en miedo. Siguió caminando hasta la plaza, y allí una escena increíble la hizo esconderse.

En medio de la plaza había una gran margarita, que se parecía enormemente a su tía, luego descubrió a Rosa llena de espinas y de un tamaño descomunal. Más allá estaba Lila rodeada de otras lilas más pequeñas y Jacinto que tenía un tamaño imposible de creer. Un poco más alejados Narciso y Hortensia. Así fue reconociendo uno a uno a todos los vecinos que, como ya habían aparecido los primeros rayos de sol, comenzaban a desperezarse, y ante sus azorados ojos, cambiaban poco a poco hacia su forma humana.

Cata sintió que se le ponía la piel de gallina, se puso verde de miedo, y sintió su cuerpo más liviano. Apenas notó que todas las miradas se posaron sobre ella, batió sus alas y se alejó volando tan rápido como pudo.